

OCHO PATAS

Artemisa Téllez

Hace ya tiempo que no escribo una historia, ni un cuento, ni un poema, ni una canción ni nada. Hace ya tiempo que mi inspiración se fue y se fundió en el deseo de hacerme escritor. Y mientras más trato y trato, mientras más me presentan como “el autor”, mientras más logro frente a los otros, más pierdo mi pequeño y maravilloso don.

He tratado de escribir aunque sea un diario, un compendio de anécdotas y aventuras de mis vivencias en este mundo espantoso y profundamente destructivo, pero no puedo; no puedo porque la ambición empañó el cristal en que se reflejaba la realidad preciosa que deseaba immortalizar. Hoy no soy nadie, pues no me interesan ya los titulares ni las primeras planas, lo único que deseo es un momento de paz, componer un poema improvisado sobre una servilleta, un beso en la boca y una llamada de mi madre. No sé si eso será posible, no sé ya lo que es posible o no lo es, sólo trato de recuperar algo que tuve... y que perdí.

Recuerdo haber vibrado tanto, haber sido tan feliz que imaginaba que no había persona alguna tan afortunada como yo. Me enamoré muchas veces y fui correspondido, era afortunado en el juego, en la poesía y en el amor; tenía todo lo que podía desear porque, al igual que la lechera, podía vanagloriarme del dorado futuro que me esperaba, teniendo como mayor tesoro la certeza de que no podía ser de otra manera. En qué momento o por qué razón cambiaron las cosas son dos misterios irrevelables para mí, sólo sé que la vida me había regalado una vocación y después me la quitó para dejarme a cambio un espíritu envejecido y una melancolía perenne.

Harto de desear escribir, de tanto mirar esa línea que aparece y desaparece en la pantalla esperando por alguna hilera de letras que dibujar, me levanto y salgo. Pensaba caminar un poco, pero como me pesa todo lo no caminado, saco el carro del garaje decidido a ejercitar sólo tobillos y muñecas. Faltan cinco minutos para las seis, el clima empieza a refrescar y el cielo se pinta y despinta entre su azul grisáceo, el humo de los coches y los tornasoles del atardecer. Sobre la avenida mi mente abandona el cuerpo y la pregunta de los sesenta y cuatro mil pesos reaparece en el escenario vacío: “¿Por qué ya no puedo escribir?” La voz

del maestro Romo retumba dentro de mi cabeza: “Hay poetas del eros y del tánatos, pero nunca de los dos; por eso hay escritores adolescentes o grandes genios ancianos...” Mi eros se ha disuelto, con él mi literatura. ¿Para qué llorar por la libido extinta?, sin ella no hay poesía.

Desolado en medio de mi monólogo inaudible, suspiro; tal vez no hay en mí nada que valga ser immortalizado, inclusive Romo murió y yo puedo vivir cómodamente de las conferencias y los cursos que doy acerca de mis primeras dos obras. Mediocre, mediocre...

El tráfico es mucho, la luz escapa lentamente del horizonte y la ciudad comienza a encender sus infinitos faros como luciérnagas en el bosque. Siento un gran peso en el corazón, un peso tan enorme que lo arrastra hacia mi estómago; imagino que mis jugos gástricos lo destrozarán y que después, descorazonado, moriré en medio del periférico con la aorta en el esófago y los intestinos reventados. Sonríe, este tipo de fantasías me han entretenido desde la infancia, tal vez es una de las razones por las que no terminé la secundaria. Mi mente comienza a divagar (es normal que el proceso de enloquecimiento repentino se dé cuando uno se encuentra en un embotellamiento, más aún cuando no se tiene ninguna razón para estar ahí). Qué solo estoy —pienso— qué triste se ha vuelto mi vida sin amor y sin literatura, he deseado tantas veces morirme que si hubiese un dios, ya se habría fastidiado de escuchar mi cantaleta.

Junto a mi auto pasa una moto, su ruido es una erre que se repite en forma cada vez más fuerte y violenta, es el zumbido de un insecto gigantesco: Rrrrrrrrrrrrrrrrr. Se va alejando y mientras lo hace mi alma va recuperando un cierto estado de paz, un bienestar perdido momentáneamente que me hace recordar, aunque me sienta aliviado, lo muy mal que me sentía. Entonces comienzo la segunda etapa de mi fatal melancolía y me desdoble y me miro en los dorados tiempos otros, recordando cada beso, cada sonrisa, cada noche de desvelo por Isabel, por María y por tantas otras de nombres hermosos y horribles; algunas duraron tanto en mi corazón que se mudaron a vivir en él, otras fueron tan breves que ni

siquiera puedo recordarlas, pero en su momento supieron tocarlo y hacer de él poco más que el músculo inerte que mi estómago apetece devorar.

Me alejo más y más de mi abandonado departamento, doblo en varias esquinas abrazando la esperanza de deshacerme del tráfico, pero cada pequeña callejuela es una pata de esta gigantesca araña mal llamada ciudad por la que transitamos miles de parásitos rodantes haciendo un ruido infernal que ella ni siquiera percibe.

Me detengo y vuelvo a avanzar, sacando el clutch, presionando un poco el acelerador y después freno. Atrás de mí grita una sirena desahogada, trato de hacerme a un lado ¿a qué lado? Me orillo lo más que puedo, pasa, dobla en la esquina y se tambalea, se tambalea tanto que se cae, se voltea, se hace añicos en el suelo; contra el suelo su luz giratoria y su aullido desgarrado parecen un lamento sordo, inextinguible, como el de mi silencio: ¡Qué solo estoy! Toc-toc (aún no lo he escuchado), toc-toc... son unos nudillos rápidos que golpetean mi ventanilla. Volteo el rostro, sus ojos castaños se entrelazan con los míos. Abro la puerta. ¿Qué sucede? Señala la ambulancia y habla, habla sin parar, mas no puedo escucharle nada; está temblando. Nos metemos en el auto, nos encerramos ahí para poder dilucidar aquello que su boca no se cansa de decirme. Ella es la culpable, se atravesó, la ambulancia trató de esquivarla; pedía auxilio, estaba desesperada, yo la entiendo muy bien, me siento como ella desde hacía mucho tiempo y sin haber matado a nadie. No llores. ¿Por qué me cuenta todo esto?, jamás nos hemos visto antes, ¿o sí?

Las lágrimas escurren por sus mejillas pintando un camino transparente de culpabilidad y angustia. No llores, repito, como hacemos siempre los hombres cuando estamos impotentes. La abrazo, la beso; es como una niña débil en mis brazos, solloza, tiembla y no tiene aparentemente en el mundo a nadie más que a este desconocido cuarentón. La gente afuera enloquece, es todo un hormiguero de ir y venir y nosotros dos, inmóviles, enloquecidos de antemano, sudamos frío nuestras culpas, nuestros temores, nuestros frustrados deseos. Arranco, me echo en reversa y no sé de qué manera puedo cambiar el escenario con el pie en el acelerador.

Tranquila, tranquila... (su nombre es Claudia, pero lo omito porque no me gusta; es un nombre clásico, pesado y viril como las fálicas columnas de los templos en ruinas). Ella sigue sumida en un llanto sin ruido, infinito como el mar; de sus ojos, desgarrados de pena, brotará sangre después si no se calma. Te entiendo bien, aunque no lo creas, yo también estoy sufriendo, mucho... Me mira sin hablar, tal vez ni siquiera me mira, sus ojos rojizos posados en mí me traspasan y miran detrás cadáveres y añicos de una ambulancia volteada. Yo soy escritor ¿sabes? y

últimamente no puedo acercarme a una sola frase bien construida, estoy desesperado porque eso es todo lo que creí tener y ahora ya no tengo nada...

Al decir “nada” mi voz se quiebra imperceptiblemente, siento deseos de llorar como ella. Pone su mano en mi rostro, ladea la cabeza, me mira con esa ternura femenina, felina, fuera de este mundo; me besa, me besa humedeciéndome por dentro y por fuera y siento en mi cuerpo nacer la vida otra vez: Poesía eres tú. Sus ojos me atraviesan, hieren mi cuerpo con sus miradas rojas antes tan llenas de llanto; ahora soy yo el que tiembla y dentro de mí se estremecen los miembros, los músculos, las células, los átomos que por tanto tiempo han permanecido entumecidos bajo un frígido cúmulo de nieve; siglos de desesperación y soledades, tiempo que muere bajo el tiempo nuevo que corre sobre él. Sonríe, yo tenso una mueca estúpida, obnubilada e incrédula; le pido que venga conmigo a casa, que no nos separemos nunca más y ella acepta con la cabeza.

Enciendo el auto, pone su mano en mi pierna y comienza a hablar, no puedo escucharle nada porque todo el ruido de la ciudad se licúa, trenza y retuerce, cayendo sobre nosotros como una ola estridente. Le pido que se acerque, que hable más y más fuerte pero su voz es del todo absorbida por el grito de una sirena asfixiante. Doblo en una esquina en sentido contrario, la ambulancia se estrella conmigo, me empuja sobre ella y rodamos en una danza erótica mortal. Mis ojos se llenan de llanto y los suyos repletos de espanto se fijan en los cristales rotos manchados de sangre. La luz giratoria y el lamento del hospital rodante ocupan todo mi universo. ¡Qué solo estoy! —pienso— y abro los ojos para mirar su rostro palideciente por última vez...

Tabulador, una rayita que aparece y desaparece en medio de la pantalla en blanco. Basta de fantasías, ya es tarde. Apago el monitor una vez más frustrado porque nada se me ocurre a la hora de escribir.

La ciudad oscurece, los edificios dibujan la luz de las luciérnagas perdidas y, mientras en mi departamento solitario una lágrima culpable resbala por mi mejilla pensando en los versos idos, una ambulancia circula por la peluda pata gigante del animal que afuera nos acecha. ▣

Artemisa Téllez (Ciudad de México, 1979). Escritora mexicana, egresada de la carrera de Lengua y Literaturas Hispánicas de la UNAM. Colaboradora en revistas y antologías en los géneros de cuento, poesía y opinión. Creadora del Círculo Virtual de Escritoras. Artífice de los espectáculos musicopoéticos *Efimeros goces e Inés, yo con tu amor...* Coordinadora del Taller permanente de cuento erótico para mujeres. Autora de *Versos cautivos* (poesía, 2001), *Un encuentro y otros* (cuento, 2005), *Cuerpo de mi soledad* (poesía, 2010) y compiladora de *La pluma del deseo* (cuento, 2011).